

nes, con intención de sumergirle en ella. Pero á él no le pareció agua, sino un vapor sofocante, cuyas ondas le batieron con tal fuerza, que perdió el carronato y su caballo, y rodó, y se hundió más y más rápidamente, hasta que cayó en el fondo del abismo sobre unas escarpas huecas y llenas de peñas agudas. Quedóse allí como muerto sin ver y sin oír. Fué iluminado luego aquella lóbrega estancia, y él reconociendo que estaba rodeado de olas. Entonces empezó á discurrir, diciendo:

— Pues te hallas abandonado de los espíritus infernales, te es preciso, Fausto, sumergirte en estas olas, ó aniquilarte de otro modo cualquiera.

Corrió despechado hacia unas llamas que reparó allí cerca, y exclamó:

— Espíritus infernales, recibid mi alma por ofrenda, á que mi condenación la sacrifica.

Lanzóse impetuosamente; pero al hacerlo, oyó un ruido y un tumulto, que estremecía las rocas y las montañas, y que se aumentaba cuando parecía cesar ó disminuirse. En medio del fuego vió muchos emperadores, reyes, príncipes, señores y hombres de armas amontonados á millares. Alrededor del fuego había una gran caldera llena de agua, de que varios bebían, donde otros se bañaban y refrescaban, y de la cual salían algunos para echarse en las llamas.

El doctor Fausto quiso sacar del fuego un alma condenada, y cuando pensaba que la asia de la mano, se le disipó entre las suyas. No resistiendo ya al calor, girando su vista por todas partes, vió al dragón, ó sea Belcebú, con su silla á la espalda, quien sentándole en ella le hizo atravesar el espacio, porque Fausto no podía sufrir más, ni aquellas llamas, ni aquellos truenos, ni aquellas tempestades, ni aquellas nubes de humo, azufre y fuego, aquel frío y aquel calor á un

tiempo, aquellos sustos y lamentos de condenados, y alaridos de espíritus y dolores y pesares. Claro está, que una vez satisfechos sus deseos de ver el infierno, le quedaría el de no volver á él.

Luego que se durmió en la silla, Belcebú le echó sobre su lecho, y cuando se despertó al amanecer, se halló como si acabara de salir de un lóbrego calabozo. Sin embargo, continuó pensando en el infierno. Unas veces creía haberle visto realmente, otras dudaba si el diablo se lo había representado en apariencia y por encantamiento, como era la verdad, porque no había querido mostrárselo, temiendo causarle demasiado miedo.

Esta historia y narración de lo que Fausto vió, y como fué transportado al infierno, y cómo le cegó el diablo, la escribió el mismo Fausto en un libro, que á su muerte se encontró cerrado.

Espíritus infernales, entre los que los siete principales son llamados por sus nombres.

El diablo, llamado Belial, le dijo al doctor Fausto.

— Desde el septentrión he visto tu pensamiento, y es tal, que desde luego puedes ver alguno de los espíritus infernales, que son príncipes, para lo cual he querido presentarme á ti con mis principales consejeros y criados, dejando así satisfechos tus deseos.

El doctor Fausto respondió:

— Ea, pues, ¿en dónde están?

El diablo hizo que se apareciesen. Belial se había aparecido al doctor Fausto bajo la forma de un elefante pintarrajeado, con el espinazo negro, orejas inclinadas hacia abajo, ojos llenos de fuego, dientes largos y blancos como la nieve, una desmesurada trompa, y tres aladas serpientes al pescuezo. Presentáronse, pues,

en la sala del doctor Fausto los espíritus; pero uno después de otro, por no poderlo hacer todos á un tiempo. Según iban entrando, Belial daba cuenta á Fausto de sus nombres y circunstancias. El primero fué Lucifer, señor y gobernador de Fausto: éste era un hombre alto, peludo, hoyoso de viruelas y de color de bellota. Después vino Belcebú con los cabellos pintados, cubierto de vello, una cabeza de buey de orejas espantosas, y una cola de dragón. Astarot vino en la figura de serpiente, sosteniéndose sobre una cola de cambiantes colores, con un vientre descomunal, blanco y amarillento, el pescuezo castaño, dos pequeños pies amarillos, con pinchos semejantes á los del erizo. Luego llegó Satán, de color blanco, gris, y pintarrajeado, con la cabeza de asno, la cola de gato, y con cuernos y pies de una vara de largo. Le siguió Anabri, con la cabeza de perro, con lunares negros en fondo blanco, y blancos en fondo negro, pies también de perro, como las orejas, que eran de cuatro varas. En seguida se presentó Diticán, de una vara de estatura, en figura de perdiz; sin pluma, menos en el pescuezo, que era mosqueado ó sombreado. El último fué Drac, con cuatro patas muy cortas, verde y amarillo, el lomo de un negro flamígero, y la cola rojiza. Tales eran las figuras y colores de los siete diablos.

También se le aparecieron sucesivamente otros con figuras como de bestias desconocidas, cerdos, gatos, ciervos, osos, lobos, monos, liebres, búfalos, caballos, cabras, venados, asnos y otros. El doctor Fausto se admiró de verlos, y preguntó á los siete que se habían parado, por qué no se habían transformado y aparecido bajo distinta figura. Á lo que ellos le contestaron, que si lo hubieran hecho, no hubieran podido volver al infierno, porque eran bestias y serpientes infernales;

que sin embargo de eso, y de ser tan hediondos y espantosos, podían tomar la barba y la forma de hombres cuando quisieran. El doctor Fausto replicó: — Puesto que los siete están aquí, basta.

Y suplicó que se despidiesen los demás, lo que se hizo.

Entonces, el doctor Fausto les dijo, que por gusto, y como por ensayo, se transformasen; y ellos se transformaron en toda especie de animales, como serpientes y aves de rapiña de dos y cuatro patas. Lo que agradando sobremanera al doctor Fausto, les preguntó si á él le sería también posible cambiar su forma. Ellos le respondieron que sí, dándole un librito de brujería, para que él hiciese un ensayo, que en efecto hizo, pero no pudo repetirlo. Antes que los diablos quisiesen retirarse, les preguntó Fausto quien había hecho los insectos. Y aquellos respondieron:

— Después de la falta de los hombres, han sido criados para baldón y castigo de ellos, y nosotros podemos hacer venir tantos insecto como animales de otro género.

É inmediatamente se vió envuelto Fausto en una nube de hormigas, lagartos, mosquitos, grillos, langostas y otros que llenaron su casa, y le encolerizaron hasta hacerle perder el sentido á fuerza de picaduras de unos, de mordeduras de las hormigas, del revolotear de las moscas y de los tábanos sobre su cara, del punzar de las pulgas, del arañar de las arañas, del roer de las orugas y del asedio de las avispas.

En fin, fué herido de tal manera por tal chusma, que bien podía decirse que no era aún más que un diablillo novel cuando no había sabido defenderse. Por lo demás, no pudiendo resistir ya, se salió del aposento en que estaba, y se libró de aquella plaga verdadera, sin que

volviesen á rodearle semejantes fantasmas, que desaparecieron devorándose los unos á los otros con la mayor rapidez.

Burlas de Mefistófeles y gemidos de Fausto.

Como el doctor Fausto se atormentaba hasta no poder hablar, vino su espíritu, Mefistófeles, y le dijo :

— Ya que sabiendo por la Sagrada Escritura, que estabas obligado á no amar ni adorar más que á un solo Dios, á servirle exclusivamente á él, y á vivirle sumiso y obediente, le has abandonado y renegado, entregándote al diablo en cuerpo y alma, has perdido su gracia y su misericordia, y es indispensable que cumplas tu promesa. Escucha una canción mía :

Tú lo has hecho. Pues á lo hecho...

Lo demás.

Cuando alguno tenga el bien,
Que no lo deje ir del pecho,
Porque el mal

Le sigue en un santiamén.
Nadie el tuyo sentirá,
Que, pues la grandeza de Dios ofendiste,
El bien, desde ahora, para tí no existe,
Tu mal en aumento para siempre irá.

Ya ves, Fausto amigo, que no conviene comer cerezas con los ricos, ni con el diablo, porque te arrojan los huesos á la cara. Es necesario que te mantengas lejos del último. Tú hubieras podido alejarte lo bastante; mas tu violenta soberbia le ha chocado. Tienes un arte, que te ha dado tu Dios, y lo has despreciado, y no te has aprovechado de él, y has evocado al diablo, y os habéis empeñado por veinticuatro años que están expirando ya. Él te dijo muy buenas cosas; pero, ya lo ves, te ha puesto un cascabel al cuello como

á un gato. Cuando viniste al mundo eras una bella criatura; pero has borrado tu belleza, como un niño marchita y deshoja una flor entre sus manos. La perdiste, nada te resta de ella, has comido todo el pan, ya puedes cantar la palinodia. Has llegado al Carnaval, ahora verás las Pascuas. Del diablo nada puede venir bueno. Tú tienes muy mala inclinación, y genio y figura hasta la sepultura, y el gato siempre va tras del ratón, y en lo acre consiste principalmente la amargura. Cuando una cuchara es nueva, se usa; pero cuando se hace vieja, la tira la cocinera. ¿No te pasa á tí lo mismo? ¿No eres tú una verdadera olla nueva, y una cuchara nueva para el diablo? Ya no necesitas que el mercader venga á enseñarte á vender. Bien claramente has escrito, que Dios te ha abandonado. Además, amigo Fausto, ¿no has abusado por tu insolente temeridad, apellidándote para todo y donde quiera, el amigo del diablo? Tú has hecho que te llamasen en todas partes el maestro Juan : solo un loco juega con cántaros de leche, y el que mucho abarca poco aprieta. Aprende ahora mi doctrina y mis principios, que sin duda tenías olvidados : tu no sabías bien quien era el diablo, cuando es mono de Dios, un embustero y asesino, cuyas burlas infaman. ¡Oh! si no te hubieras olvidado de Dios! ¡Pero te has abandonado!

Al llegar aquí desapareció el diablo, dejando á Fausto sumido en la melancolía más profunda.

En la última semana de los veinticuatro años de la obligación del doctor Fausto, se le apareció el espíritu, y, presentándole aquel escrito, le dijo que quería advertirle que á la noche siguiente vendría por su persona.

Horrorizado Fausto, se lamentó y lloró toda la noche. Volvió el espíritu á decirle :

— Amigo mío, no seas tan cobardé al ver cercana tu muerte en el juicio que va á hacerse de ti. Así como así, aunque vivieras cien años, había de llegarte este trance. Los turcos, los judíos y los emperadores, que no son cristianos, morirán y acaso se condenarán como tú. ¿No sabes bien todavía lo que te está ordenado? Ten valor, no te aflijas tanto, que si el diablo ha causado tus penas, también quiere darte ahora un cuerpo y un alma de sustancia espiritual, y no sufrirás como los condenados.

Dábale estos consuelos, á pesar de ser falsos y contrarios á la Sagrada Escritura. El doctor Fausto, que no veía otro medio de cumplir la promesa que entregando su piel, el día en que el espíritu le había predicho que el diablo le llevaría, fué á ver á sus fieles compañeros, maestros, bachilleres y otros estudiantes, que á menudo habían ido á buscarle, y los rogó que le acompañasen al lugar de Romlique, situado á media legua de Wittenberg, para pasearse y cenar allí. Se lo acordaron, y allí tomaron un abundante almuerzo con muchos preparativos suntuosos y superfluos, tanto en viandas, como en vinos, que el patrón les presentó. El doctor Fausto se manifestó con ellos muy contento, aunque no lo estaba de corazón, y les rogó que tuviesen á bien permanecer con él toda la noche, pues tenía que decirles cosas de importancia. Se lo prometieron, y después de pagar el vino gastado en la cena, les suplicó le siguiesen á otra pieza, para hablarles de lo que deseaba. Así lo hicieron, y el doctor Fausto les dijo:

— Mis amigos fieles y queridos del Señor, os he llamado, porque hace mucho tiempo que os conozco, y porque me habéis visto hacer experimentos y hechizos, que, sin embargo, sólo provienen del diablo. Á tan diabólica voluptuosidad me han arrastrado las

malas compañías, que me han seducido, de suerte que me di al diablo en cuerpo y alma por veinticuatro años de existencia. Esta noche es la última de este término, el pacto está escrito con mi sangre, la hora fatal en que debe llevarme, ha sonado. Suplicoos, pues, encarecidamente, que os acostéis y durmáis con sosiego, que aunque oigáis algún ruido en casa, no os levantéis, porque ningún mal os sucederá. Y que cuando encontréis mi cuerpo, lo hagáis enterrar, que yo muero como bueno y mal cristiano á un tiempo. Muero como buen cristiano, porque siento en mi corazón un pesar y un arrepentimiento profundo, é imploro el perdón de Dios, rogándole se digne salvar mi alma: y como un mal cristiano, porque deseo que el diablo tenga mi cuerpo, que se lo doy con gusto, sólo porque deje en paz mi alma. Acostaos, os lo suplico, y que tengáis feliz noche, que para mí será desgraciada, terrible y horrorosa.

El doctor Fausto hizo esta declaración con un acento de cordialidad, que mostraba á las claras su aflicción y la debilidad de su ánimo. Los estudiantes estaban asombrados de que se hubiese extraviado hasta tal punto, y que, por una ciencia engañosa llena de imposturas y de apariencias, se hubiese expuesto á ser en cuerpo y alma propiedad del diablo, lo que sentían sobremanera, porque le amaban sinceramente. Así es que exclamaron:

— ¡Ah! ¡señor Fausto! ¡Cómo habéis variado, cuando habéis podido reservar por tanto tiempo lo que acabáis de decirnos! Si nos hubierais revelado antes vuestra desgracia, hubiéramos podido libraros de la tiranía del diablo, con ayuda de buenos teólogos. Pero ahora eso es una verdadera mancha y una vergüenza para vuestro cuerpo.

Á lo que les contestó Fausto :

— No me ha sido permitido de ningún modo hacerlo, á pesar de haber tenido para ello la voluntad. Una vez que, siguiendo los consejos de un vecino, quise retirarme de aquellas ilusiones y convertirme, vino el diablo con intención de llevarme, como lo hará esta noche, y me repitió, que en el momento en que volviese á desear convertirme á Dios me arrastraría inexorable al abismo infernal.

Habiendo escuchado esto los estudiantes, añadieron :

— Pues que ahora no hay medio alguno de defensores, invocad á Dios, y pedidle que, por amor de su santísimo hijo Jesucristo, os perdone y os salve.

— Decid :

— ¡Dios mío! tened misericordia de mí, pobre pecador, indigno de parecer á vuestra presencia, y no me juzguéis cómo merezco, sino según vuestra infinita bondad, y aun cuando sea preciso que el diablo se lleve mi cuerpo, dignaos siquiera preservar mi alma. Si Dios lo quiere, os amparará.

Fausto les contestó, que deseaba con ansia orar á Dios, que no quería dejarse ir como Caín, que, desconfiado, creyó que sus pecados eran demasiado grandes para que obtuvieran perdón. En seguida les dió cuenta de sus disposiciones escritas con respecto á su entierro. Ellos hicieron sobre Fausto el signo de la cruz, y se retiraron llorando.

Fausto se quedó solo : los estudiantes se acostaron, pero ninguno pudo dormir, preocupados con el fin del pobre Fausto. Entre doce y una de la noche sobrevino en la posada un viento tempestuoso, que la estremeció por sus cimientos, como si hubiera de lanzarla al aire para destruirla completamente ; lo cual, visto y sentido por los estudiantes, creyéndose perdidos, saltaron

de sus lechos, aconsejándose unos á otros que no saliesen de la habitación en que estaban. El patrón y todos sus criados huyeron de casa, refugiándose en otra. Los estudiantes, que descansaban cerca de la habitación de Fausto, sintieron en ella unos silbidos horribles y unos alaridos espantosos, como si estuviese llena de serpientes, culebras y otros animales inmundos, que sin duda habían entrado en el cuarto de Fausto.

Éste se levantó gritando « socorro » y « al asesino » ; pero á media voz y con mucho trabajo ; y un instante después dejó de oírsele. Luego que vino el día, los estudiantes, que no habían podido dormir en toda la noche, entraron en la pieza donde estaba el doctor Fausto, y no le hallaron, ni vieron otra cosa que el suelo cubierto con sangre, y el cerebro, que se había quedado en pedazos pegado á las paredes, porque el diablo lo había arrojado de una á otra, y también los ojos y algunos dientes, formando todo un cuadro aterrador. Llorando y quejándose buscaban por todas partes su cuerpo, y al fin le encontraron fuera de la habitación en el estado más lamentable, porque el diablo le había aplastado el cráneo y saltado los huesos.

Los estudiantes, después de la muerte de Fausto, permanecieron cerca de éste hasta que fué enterrado, y después regresaron á Wittenberg, y fueron á casa del doctor, donde vieron á su criado Wagner, que se hallaba muy mal á causa de su amo. Encontraron también la historia de Fausto, escrita por él mismo en los términos en que queda narrada, menos el final, que fué añadido por dichos estudiantes.

Aquel mismo día desapareció la encantada Elena, con su hijo de encantamiento, porque no se volvieron

á ver. Desde entonces quedó en su casa una inquietud tan extraña que jamás pudo habitarla nadie.

Fausto se apareció aquella noche á su criado Wagner, todavía sano y robusto, y le reveló muchas cosas secretas, y después se le ha visto también á la ventana jugando con el que pasaba por allí.

Así concluye la historia del doctor Fausto, propia para enseñar á todo buen cristiano, principalmente á los que son de un carácter caprichoso, soberbio, loco y temerario, á temer á Dios, huir de los engaños y de los encantos del diablo, según el Señor lo tiene mandado expresamente, y á no llamar al diablo ni consentirlo en su casa, como lo hizo Fausto, cuya vida es un ejemplo espantoso. Tratemos, pues, de odiar continuamente tales cosas, y de amar á Dios sobre todo; elevemos nuestros ojos hacia él, adorémoslo y reverenciémosle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, renegando del diablo y de todo cuanto depende de él, para poder ser felices al lado de nuestro Señor. *Amén.* Eso deseo para cada uno con todo mi corazón. Así sea.

Sed vigilantes y tened cuidado, que el diablo vuestro enemigo os persigue, como el león hambriento lo que quiere devorar. Defendeos con la firmeza de la fe. *Amén.*

NOTA. Esta leyenda no ofrece, como se ve, ningún dato tocante á la invención de la imprenta, cuyo honor pertenece á Fausto, juntamente con Guttemberg y Schaeffer. Hemos escogido la más curiosa; pero otras muchas justifican esta circunstancia, suponiendo que Fausto se había dado al diablo, á fin de reparar su fortuna, perdida en los ensayos de su invención. El más

antiguo de los autores que han hablado sobre estos documentos, Conrado Durieux, opina que estas leyendas han sido hechas por monjes, incomodados con el descubrimiento de *Johann Fusto ó Fausto*, que les arrebatava el lucrativo ejercicio de copientes de manuscritos. Klinger, el autor alemán del notable libro *Aventuras de Fausto*, y su bajada á los infiernos, admite esta versión.

Sin embargo, en Leipsick, donde aun se ve la bodega de *Auerbach*, ilustrada con el recuerdo de Fausto y de Mefistófeles, las pinturas antiguas conservadas en los arcos de las bóvedas, y que acaban de restaurarse, tienen la fecha de 1525, y la invención de la imprenta data de cerca de 1440. Seria, pues necesario admitir, ó que existieron dos Faustos, ó que Fausto era muy viejo cuando hizo el pacto con el diablo; lo que se acuerda con la suposición de Goethe, cuando hace que aquél le pida al diablo que le rejuvenezca.

Siguiendo la opinión más acreditada, Fausto nació en Maguncia, en donde empezó por ser platero. Por lo demás muchas ciudades se disputan el honor de ser su patria; y conservant objetos preciosos por los recuerdos que se unen á ellos. Francfort posee el primer libro que él ha impreso; Maguncia su primera prensa. Se enseñan también en Wittenberg dos casas que le pertenecieron, y que legó á su discípulo Wagner. La historia del antiguo Paris conserva también recuerdos de Fausto, quien trajo á Luis XI un ejemplar de la primera Biblia, y acusado de mágico, á causa de su invención, supo sustraerse de las llamas, lo rue se atribuyó, como siempre, á la intervención del diablo.